

Oleaje

Índice

El Oleaje de la memoria. Por Claudia San Martín	3
Un susurro de memoria. Por Florencia Moscoso	4
Oleaje, una convocatoria al no olvido. Por Jaime Rosales	5-6
Oleaje: el teatro de memoria histórica. Por Napoleón Alfaro	7
Oleaje: Teatro, memoria, cine y poesía. Por Pablo Aguilera	8-9
El llamado del agua, fuera de todo silencio. Hasta hoy. Por Constanza De La Paz	10-11
Oleaje. Soy Marta Ugarte Román. Por Tara Tavelli	12-13
Crítica de Oleaje. Por Javier Maciel	14
Oleaje: Una mirada necesaria a la memoria. Por Javiera Arenas	15
La denuncia de las olas. Por Ignacio Pantoja	16
La intensidad de la marejada. Por Matías Muñoz	17
Oleaje: la voz de Marta Ugarte resuena después de la dictadura. Por Iván González	18-19
Oleaje. Por Jorge Viñas	20
Romper de olas. Por Cristián Cortés	21
Oleaje: El llamado del agua, fuera de todo silencio. Por Beatriz Reyes	22-23
Oleaje: luz y memoria. Por Abraham Martínez	24-25
Dos Chiles en medio del mar. Por Ignacio Andrade	26-27
¿Dónde está? Por Vladimir Zecua	28
Oleaje: el silencio de un cuerpo callado por la fuerza. Por Macarena Farías	29
“Me llamo Marta Ugarte, y me pueden decir comunista”. Por Ángeles Díaz	30-31
Muy adentro en el mar. Por Patricio Orellana	32
Oleaje: historia y memoria. El teatro como herramienta política. Por Claudia Lobos	33-34
Una reflexión sobre la luz y sus fantasmas. Por Martín Virrueta	35-36
El rostro de los desaparecidos: Oleaje, soy Marta Ugarte. Por Franco Fuentes	37
Lo que dice el silencio. Por Camila Albertazzo	38-39
Oleaje, ¿A cuántas llevaste contigo? Por Angelina Zilcher	40
Oleaje: un saco de emociones perversas (que conmueven). Por Andrés Carrasco	41-42
Oleaje: Todo lo que se hunde vuelve a flotar. Por Constanza Vera	43-44

El “Oleaje” de la memoria

Por Claudia San Martín

“No tengo ningún parecido con la que fui ni con la que seré en adelante”. Estas palabras no solo parecen reflejar lo que está pensando una de los personajes de la obra sino que también lo que fue Chile a partir de la dictadura. La tortura, asesinato y posterior desaparición de la profesora y miembro del Partido Comunista Marta Ugarte. Su cuerpo se transforma en un símil del cuerpo cultural, social y político de un país que yace hundido bajo los rieles de la desmemoria. Aplicando un formato de cine, más la poesía propia de la dramaturgia y un relato coral nos vamos adentrando en lo que podría ser uno de los tantos diálogos de la protagonista antes de que su cuerpo fuera finalmente recogido por el mar y luego arrastrado por sus olas a la playa de La Ballena en el año 1976.

El diseño sonoro que va acompañando el texto equilibra de alguna forma el pavor que provoca el sentir el sobrevuelo de un helicóptero amenazando nuestros actuales sueños neoliberales. Lo anterior se equilibra con un texto que nos va recordando que quien cayó al mar, más allá de ser un saco amarrado con alambres de púas y sin identificación alguna, era un ser humano con recuerdos, familia, amigos y convicciones. Y es aquí donde el teatro, quizás más que otras artes, nos va invitando, como el oleaje del mar, a recordar quienes somos y nuestra historia real, no la fantasía neoliberal de un oasis en el cual solo unos pocos parecen encontrar consuelo.

El susurro de memoria

Por Florencia Moscoso

Un país sin memoria es un país condenado a repetir su historia y desde este lugar es que resuena la importante labor que cumplen Constanza Thümler y Angelo Olivier al llevar a escena esta obra de teatro: Oleaje. Una pieza teatral que busca rememorar la historia de Marta Ugarte Román, la primera víctima confirmada durante la dictadura militar de Augusto Pinochet en Chile. Fue detenida desaparecida. A Marta la mataron los militares. La callaron. Lanzaron su cuerpo al mar. Por ser comunista. Por ser mujer.

A través de un relato coral interpretado por cinco actrices (Trinidad González, Tamara Acosta, Alexandra von Hummel y Paula Zúñiga y Francisca Márquez) se van describiendo las imágenes del pensamiento de Marta antes de morir, como también las de su vida. El texto cobra un valor prioritario en la escena el cual tiene como base la poesía.

La puesta en escena se desarrolla mezclando un lenguaje cinematográfico en donde el movimiento del cuerpo no es lo principal sino la verdad que existe en éste. Los cuerpos de las actrices se mantienen generalmente entre sombras y penumbra, producto de la gran coyuntura lumínica.

Existe una mezcla entre la iluminación y lo sonoro que provoca la sensación de un viaje hacia los momentos que se relatan, llenos de emoción y sensibilidad, en donde no existe la literalidad sino más bien lo metafórico de cada experiencia vivida por Marta. Se desnuda el susurro de memoria de esta mujer, haciendo ver su historia y su lucha.

Una de las primeras frases de la obra es: “podría haber sido esta mañana”, lo cual alude a la idea de que podría haber sido yo, tú, cualquiera. Probablemente nada sea suficiente para hacer valer las vidas apagadas durante la dictadura militar, pero obras como estas vuelven a generar la sensibilidad de la memoria en quien la ve. Sólo la memoria y lo que ella provoca podrán apaciguar el dolor.

Oleaje, una convocatoria al no olvido

Por Jaime Rosales

La maestra y militante comunista Marta Ugarte Román fue secuestrada, torturada y asesinada por la dictadura militar chilena instaurada en 1973. Al momento de su muerte tenía 42 años. Su cuerpo fue encontrado en una playa de Valparaíso el 9 de septiembre de 1976. Tras el intento de atribuir el crimen un origen pasional, terminó convirtiéndose en testimonio de la forma en que el régimen desaparecía a sus opositores, mediante los célebres vuelos de la muerte, en que helicópteros del ejército arrojaban los cadáveres al mar.

La memoria de la Ugarte se recoge en Oleaje, obra de Rodrigo Morales, dirigida por Constanza Thumber y Ángel Olivier, e interpretada por Tamara Acosta, Trinidad González, Paula Zúñiga, Alejandra von Hummel y Francisca Márquez.

Estructurada mediante fragmentos episódicos, cada actriz va narrando los recuerdos de la activista ejecutada, sus sensaciones; los que pudieron ser sus pensamientos al momento de la tortura en Villa Grimaldi, de su muerte, y después de su muerte, lo que nos conecta con el sufrimiento y la rabia de un sacrificio perpetrado por la violencia consustancial del poder, todo mediante un lenguaje poético, tanto más eficaz y poderoso porque nombra de otra manera lo que no podría ser expresado: el horror de esa guerra que es la política, en tanto sistema que extermina cualquier forma de resistencia y con ella la libertad, como vislumbró Foucault.

Es una obra grabada previamente y transmitida vía streaming. Se trata de un teatro testimonial con una marcada epicidad no solo por la preeminencia de lo narrativo sobre la acción dramática, pero también por un estilo de actuación nada interesado en crear imitaciones realistas en tanto que lo representado son hechos, si bien pasados por el tamiz de la ficción, no para restarles entidad, sino para revestirlos de una nueva potencia.

La puesta en escena de Thumber y Oliver recoge el reto poético y político de un texto como el de Rodrigo Morales cargado de una fuerte emocionalidad para traducirlo en una estética visual más ilustrativa que simbólica, mediante una organización espacial que prescinde de elementos escenográficos para dejarlo todo a cargo de la actoralidad, del propio texto y del trabajo lumínico y sonoro.

Las intérpretes se desplazan por un espacio vacío, en penumbras casi siempre, en que las figuras se vislumbran a contraluz. Espacio iluminado a intervalos por haces de luz giratorios que recuerdan el efecto visual de la estela que dejaría una hélice de helicóptero en movimiento, mientras que el sonido es el del rotor de esas hélices. La constante presencia visual y auditiva de este efecto, a partir del cuarto fragmento de la obra, no solo funciona como generador de una estética visual y de una atmósfera casi onírica, sino como un elemento que vertebrá temáticamente la puesta en escena y mantiene la tensión sensorial del espectador, puesto que remiten a la realidad física de los ominosos vuelos de la muerte, en uno de los cuales se arrojó al mar el cuerpo de Ugarte.

Las actuaciones se basan en un trabajo de creación de imágenes desde la entraña de las intérpretes lo que les permite ver y hacer ver al espectador esas imágenes creadas bajo la tensión que las atraviesa, sin incurrir en una emocionalidad excesiva.

Es una puesta en escena que estremece y conecta con la capacidad de indignación y de rabia del espectador, cuya pertinencia y resonancia actuales, tiene que ver con la memoria de todos esos asesinatos y su capacidad de convocarnos a la alerta sobre la capacidad asesina del poder de cualquier signo.

Oleaje: el teatro de memoria histórica

Por Napoleón Alfaro

Poco sabía yo como salvadoreño sobre Marta Ugarte Román, una mujer chilena de 42 años, militante comunista apresada en 1976, asesinada y lanzada al mar durante la dictadura de Pinochet. Al encontrarme con esta obra de teatro y el poco conocimiento del caso no pude evitar generarme ciertas preguntas sobre la vigencia e importancia del fuerte vínculo del teatro y la memoria histórica. Preguntas acerca de cómo los países latinoamericanos estamos en la constante necesidad de abordar temas relacionados a la violencia, los feminicidios, desaparecidos, abuso de poder y dictadura. Cada país con sus particularidades, pero con un común de historias que nos dejan un sabor amargo y nos hacen preguntarnos ¿Cómo hemos soportado tanto? ¿Qué pasa con las familias de las víctimas?

En El Salvador llevamos 21 años; esto quiere decir que desde el 2000 que el teatro reunió el valor para tocar temas sobre memoria histórica, grupos como “Los del quinto piso” y “Moby Dick” entre otros con mayor o menor frecuencia han estado generando propuestas sobre esos “oscuros períodos” y por los que actualmente transitamos con el actual presidente. Jorgelina Cerritos (cabe mencionar que es una de nuestras dramaturgas más destacadas) ha publicado la trilogía de la memoria histórica en la cual los temas que abordan son la relación de la historia oficial y la historia del pueblo, el mundo de los muertos dónde habitan las víctimas y cómo las nuevas generaciones nos relacionamos con esos hechos, tema que sigue explorando en uno de sus más recientes textos: Plegaria bajo la luna y la arboleda.

Oleaje me hace preguntarme sobre las decisiones estéticas para contar lo que se desea contar en el teatro de memoria histórica ¿La perspectiva? ¿Cómo darle voz al personaje sin re-victimizarle? Aunque, como mencioné anteriormente, conozco poco sobre Marta Ugarte, no es difícil para mí vincularla con otras mujeres víctimas que han sido asesinadas por motivos políticos y cuyos crímenes aún siguen impunes. Sucumbí (parece una palabra muy dramática, pero no encuentro otra mejor) ante el diseño de luces, esa penumbra envolvente que apenas nos mostraba a las actrices en sus relatos, a mi parecer muy bien logrados actoralmente y cuyo uso del lenguaje me dejaba transitar por cada uno de ellos, amortiguando de esta manera el golpe de los hechos. Como creador y público, como ciudadano consciente de estas historias, me parece esta obra un buen ejemplo de cómo seguir contando nuestra historia en cuanto a las puestas, la dramaturgia y la actuación.

Oleaje: teatro, memoria, cine y poesía

Por Pablo Aguilera

El caso de Marta Ugarte, profesora comunista asesinada por la DINA, corresponde a uno de los casos de desaparición más macabros de la dictadura. Su cuerpo, quemado y mutilado fue lanzado al mar en 1976, en el norte de la región de Valparaíso. Junto a ello, un montaje periodístico promovió la noticia de una joven asesinada en un crimen pasional. Teniendo 42 años, la prensa la sindicó como una muchacha de 23. Hoy, este episodio es trasladado al teatro con la dramaturgia de Rodrigo Morales y la dirección de Constanza Thümler y Angelo Olivier, quienes con una apuesta multimedial y poética ejecutan un trabajo de memoria histórica, adelantado en términos de propuesta escénica, muy acorde a los tiempos de ver obras en nuestros laptops.

La obra comienza con una buena dosis de tensión: un monólogo en off presenta a Marta. El texto escrito se proyecta en el fondo, potenciado por una música de sintetizadores y sutiles ruidos. Esta doble recepción del texto más la entrada de Tamara Acosta a escena, casi incrustada en un cuadro psicodélico, ya nos indica que estamos ante una obra de teatro en gran parte experimental.

En una primera parte, los cortes escénicos muestran a las personajes monologando. Se presenta a cinco mujeres con sus relatos, donde se sugieren espacios de prisión política, hasta llegar a la mención de Villa Grimaldi. Un momento emotivo y de clímax es logrado cuando una de las mujeres divaga y se cuestiona qué sucedió. Este texto trabaja la relación entre tortura y lenguaje, funcionando casi como una cita teórica: el silencio, la duda, la incapacidad de nombrar/decir y de componer relato articulado son el discurso de la personaje, que finalmente comunica a partir del caos poético. Luz blanca en el centro y el sonido de un helicóptero dan pie para una escena a dúo llena de información. Las mujeres proponen un relato de gran musicalidad, acompañadas de un centelleo parpadeante que las cubre mientras actúan. Es en este punto donde el diseño sonoro/lumínico junto a la expresividad del cuerpo/texto aplastan al espectador: poesía, respiración y memoria del asesinato componen una escena total. En ese sentido, parece preciso catalogar el momento como un "cuadro de vanguardia".

Un relato encarnado por Francisca Márquez va quitando el velo a la propuesta de la primera mitad de la obra. El personaje nombra a algunas personas, como Hilda y Berta, que dotan de más referencialidad al conjunto. Luego continúa un relato en forma de recuerdo. El registro ha cambiado y los delirios poéticos poco a poco se esfuman. Marta Ugarte / Tamara Acosta entra a cerrar la obra. Se aprecian cámaras de grabación, un humo fantasmagórico y los juegos lumínicos propios del cine. Una composición simétrica con Marta al centro recuerda a Kubrick. La actriz relata la historia y con una virtuosa representación del cuerpo en el mar el relato se desvanece.

Estamos ante la propuesta de un teatro cinematográfico, propio de la digitalización propiciada por la pandemia. La iniciativa experimental y la brevedad de la obra resultan, dentro de su complejidad como montaje, entretenidas y fáciles de leer para un público culto. Cabe entonces preguntarse, ¿qué dirán los compañeros de Marta —obreros y profesores comunistas— de este experimento?

El llamado del agua, fuera de todo silencio. Hasta hoy.

Por Constanza De La Paz

Fuera de todo silencio. Es ese silencio por el que quizás nuestra generación tiene un acercamiento-lejano más crudamente profundo. Tengo 33 años, no viví la dictadura, pero en mi cuerpo quedan resabios de un movimiento violento, un choque ante el que muchos deciden fingir demencia. Mi cuerpo junto con el de otros fue arrojado al pavimento, concreto, tierra árida, agua. No son solo otros, parte de mí habita en ellos. El pacto de silencio se rompe con nosotros.

El completo silencio de la obra al inicio nos genera esta intriga, esta expectativa que se rompe con el coro de voces que narran palabras que ni siquiera soy capaz de entender, hasta el nombre. Marta Ugarte. Y vuelvo sobre lo generacional, porque al menos mis coetáneos y los no tanto tenemos esa imagen pegada en la cabeza, ese diario de mala fama con la desinformación del infortunio, del infierno de un cuerpo que alguna vez estuvo vivo, que alguna vez rió a carcajadas hasta atorarse. Pero en este país lleno de cobardía vestido de dinero, siempre ha sido más importante la desinformación que lo real. Somos conocidos por los eufemismos, por ocultar, por tapar y esconder bajo la alfombra todo. El nudo se hace real a lo largo del relato, todo nos lleva a ese instante en que estos cuerpos entran en contacto con el agua, un agua distinta a la recordada, un agua fría que baña las costas de Chile. ¿Será por eso que el agua en esta franja de espacio – territorio es tan fría? Porque ella alberga cadáveres que se quisieron ocultar y esa es su forma de hacerse recordar. Como una plegaria... no olvides.

No olvidamos y la sangre se nos congela a medida que avanza la obra, se nos aprieta la garganta, con ganas incendiarias de ir a matar a cualquiera que niegue lo ocurrido, a cualquiera de la pirámide de la violencia. Cobrar venganza. ¿Cuánto soporta un cuerpo? ¿Cuánto puede una madre guardar en sí la pérdida de un hijo? ¿Cuánto se puede ver sin hacerse parte del cuerpo del relato, sin volvernos cuerpo entre todos en memoria de nuestros muertos? Y que se me permita decir “Nuestros muertos” aunque no sean míos. La propiedad y la jerarquía hacen sentido en esta, mi memoria, que es colectiva... Un crimen pasional. Si la pasión se puede medir con ensañamiento, con violencia gratuita. Sí, fue un crimen pasional por manos de agentes del Estado, unos que se creyeron superiores o aceptaron por miedo. Esos cuerpos, los no mirados, los ninguneados como diría Galeano. También sintieron miedo. Y nosotros ¿A qué le tememos? ¿Al dolor? ¿Sabremos realmente qué implica sentir el dolor de ser arrojado maniatado, sangrando, asustado, al vacío. ¿Cuánto soporta un cuerpo?

Increíble la poesía que logran los micromundos dentro de la obra: el mundo sonoro, las luces los cuerpos. Qué asombroso ver cuerpos transformados en texto, en voces y por un instante caer en ese juego y que sean sus voces. Que sea Marta y sus compañeras hablando, hablándote, hablándonos. Estremecedor, caemos cómplices porque nosotros no olvidamos ni perdonamos.

Estamos dentro de ese avión, caemos en conjunto y recordamos vagamente nuestra propia imagen de la playa. Acá la playa cambia de significado: ya no es más un lugar tibio, que recibe. Se vuelve hostil y la niebla llega hasta mi pieza desde donde veo la obra. El sonido ensordecedor de las hélices nos tumba, nuestros cuerpos se acurrucan a la superficie más cercana deseando el fin. Deseando la caída, ahora todos los espectadores vamos cayendo , desconocemos el trayecto, pero sabemos que tarde o temprano nuestro cuerpo flotará también en dentro de un saco.

Vuelvo entonces al principio, a esa historia negada que hoy veo cerrar, o al menos veo la posibilidad de que exista una pequeña muestra de que al fin se acabará esta historia tétrica. Que puede terminar, que las calles sí son nuestras compañeras. El gozo enorme de ver caer al fascismo en este país que fue víctima del mismo tanto tiempo, acongojado en el terror, en el pánico constante, en los que ya no están. A todos esos, que les arrancaron sus extremidades, que dejaron mancos, maniatados, solos a la deriva. En el desierto, en el mar, en la tierra

¿Cuánta sangre ha visto la tierra?

Que hasta eso estos cobardes nos hayan arrebatado, la hermosura de lo salvaje, porque en este país esa hermosura del paisaje siempre tiene una cuota de horror. Pero hoy vemos cómo quizás podamos cerrar este ciclo, somos parte de este cierre siendo categóricos al decir No Más. Nada ni nadie está olvidado y no pasarán por sobre nosotros, somos más y siempre lo hemos sido, el deber cívico ha sido realizado y nos levantamos fuerte con un ¡No, nunca más! Este 19 de diciembre del 2021 al fin, con una votación histórica curiosamente similar en porcentajes a la del plebiscito del 5 de Octubre de 1988 (año en que nació) llega al fin la democracia, al fin se acaba esta transición pobre que se unió al silencio de los torturadores y cómplices de tanto dolor. De alguna forma damos inicio a este cierre. A este fin metafórico del pacto de silencio. Si hoy te encontráramos Marta, serías trending topic o un hashtag llevaría tu nombre y #todessomosMarta. De lo nauseabundo a lo esperanzador. Con el alma cortada, encontraremos sus cuerpos y los honraremos, y si no los encontramos, no importa, ustedes viven en nuestra geografía y cada sol que reciba la tierra, el agua, el aire grita su nombre y en conjunto somos miles los que estamos nuevamente prestando el cuerpo para que lo hagan suyos. Su muerte no ha sido en vano, ha levantado la ira de tantos que nacimos en esta falsa democracia. Llevamos nuestros muertos en lo más alto de nuestras corporalidades decimos: "El llamado del agua, fuera de todo silencio...Hasta hoy".

Oleaje

-soy Marta Ugarte Román-

Por Tara Tavelli

I

Dentro de la cartelera teatral de esta temporada la veremos programada. No es una historia cualquiera; es parte de nuestra era. Detener la impunidad del Estado es prioridad. Chile se reconstituye si su carta se construye con justicia y con verdad.

II

La experiencia presencial, por razones evidentes, contiene más ingredientes que el formato audiovisual. La sugerencia inicial: Haga todo lo posible por verla y, si es factible, ideal que al teatro acuda; porque es Oleaje, sin duda, una pieza imprescindible.

III

En la versión digital ciertos planos, muy cerrados, quedan desarticulados, cortos de espacio vital. Existe una sustancial diferencia en la actuación si se realiza en función de la exigencia del lente o del público presente. Edición no es dirección.

IV

Y es desafiante la opción de un texto lírico usar a la hora de montar, si se espera progresión dramática de la acción. Y sucede, de repente, que dar simultáneamente a dúo el mismo discurso no constituye un recurso que lo haga más elocuente.

V

Pero posee esta obra fondo y forma suficiente -breve, certera, potente- mérito tiene de sobra. Papel importante cobra la gran interpretación, el texto y la ambientación. Se exponen sus atributos casi en cuarenta minutos; el lapsus de la función.

VI

Oleaje se configura con estética concisa. La iluminación precisa aporta temperatura. La actuación, de gran altura, en la que Márquez reluce. Ya al inicio se introduce el sonido en coherencia. Expectación en la audiencia la composición produce.

VII

En escena, sólo actrices
que entre sombras aparecen;
los recuerdos establecen
aires de días felices.
Océanos y matices
sus monólogos contienen.
Palabras firmes sostienen
esa imagen interior
-pugna entre dicha y horror-
que cielo e infierno tienen.

VIII

Es Marta Ugarte Román
la mujer protagonista:
profesora y comunista.
Su caso y otros están
documentados y dan
cuenta de lo sucedido.
La historia de lo vivido
en centros de detención
trasciende esta dimensión;
entonces, no existe olvido.

IX

Pues vivir en negación
en el plano personal
-al igual que en el social-
genera autodestrucción.
Existe comprobación
de las crueldades expuestas.
Finalmente, las respuestas
son dadas por la evidencia.
Si está activa la conciencia,
seguirá habiendo protestas.

X

Es tan fácil acceder
ahora a la información,
que no hay justificación
para vivir sin saber.
Así como esta mujer,
hubo tantas detenidas;
muertas; desaparecidas.
La misma sangre llevamos.
Y, como juntas luchamos,
jamás seremos vencidas.

Crítica de Oleaje

Por Javier Maciel

Aún recuerdo aquella conversación que sostuve, hace varios años atrás, con Jesús Martín del Campo, un activista mexicano que, como estudiante de la Escuela Normal de Maestros, experimentó las dos principales represiones militares del siglo pasado en nuestro país: la Masacre de Tlatelolco, en 1968; y El Halconazo, en 1971.

En esta entrevista, él me contó que uno de sus hermanos fue asesinado en la Plaza de las Tres Culturas, que muchos de sus compañeros nunca más fueron vistos, y que él, tres años después, fue golpeado, encarcelado y torturado en la Cárcel de Lecumberri, uno de los lugares preferidos por el poder, en ese entonces, para doblegar a cualquier participante de movimientos sociales y políticos de oposición.

Lamentablemente, el caso mexicano no es aislado y, en Latinoamérica, muchos países han denunciado prácticas militares de desaparición forzada y de tortura en contra de enemigos, líderes y personajes incómodos para la administración vigente. Oleaje, obra teatral multimedia chilena, se ha sumado a estas expresiones, enfocándose en el asesinato de Marta Ugarte Román, mujer de 42 años alineada a los objetivos de Salvador Allende y del comunismo, torturada por un mes en Villa Grimaldi antes de ser arrojada, desde un helicóptero Puma, al agua y encontrada en la Playa La Ballena.

Sin embargo, a pesar de que la desaparición forzada y los crímenes de Estado son sucesos que me interesan, como periodista que soy, me pregunto por qué los sucesos expuestos en esta obra, que comparto como latinoamericano, no lograron atravesarme ni conmoverme.

Entre los motivos, descarto a las dimensiones sonora y lumínica de la propuesta, ya que considero que benefician a que los espectadores, gracias a las intermitencias constantes, los efectos y las variaciones, imaginen los lugares y circunstancias que atravesó la víctima. Emito una primera hipótesis: ¿será porque la dramaturgia no ofrece suficientes matices de expresión? ¿Podría ser que el texto se concentre en una única intención emocional, presentada una y otra vez? La ficción, como herramienta, tiene un enorme potencial para conmover a las personas, pero también puede dibujar límites para el trabajo de dirección e interpretación de un proyecto escénico.

Oleaje: una mirada necesaria a la memoria

Por **Javiera Arenas**

Oleaje contempla en su elenco a Tamara Acosta, Trinidad González, Francisca Márquez y a Alexandra Von Hummel, quienes representan a Marta Ugarte, mujer comunista que fue lanzada al mar durante la dictadura tras ser detenida y torturada. En un principio los medios presentaron el caso como un crimen pasional, pero sin duda alguna había sido asesinada por los militares.

El relato de unos 40 minutos de duración muestra a las cuatro actrices en un escenario vacío, dónde la iluminación va mostrando sus cuerpos, sus rasgos y sus expresiones y, además, en conjunto con la música y el sonido, se va recreando una atmósfera fría y la luz de un helicóptero. Bajo la dirección de Constanza Thümler y Angelo Olivier, la obra presenta una narración simple y sensible del pensamiento de Marta y de su arraigado activismo.

Traer la historia de Marta Ugarte resulta necesario cuando se han hecho tantos esfuerzos por tapar y olvidar la historia. Los potentes monólogos van trayendo al presente el horror y la violencia de una sangrienta dictadura que dejó miles de muertos y desaparecidos. Ser estrenada en el contexto de pandemia, trajo la posibilidad de acercar los conversatorios al público, y tener la instancia de mediación entre la compañía y los espectadores. Tuve la suerte de estar presente en el conversatorio que se hizo de Oleaje en el cual estaba presente, para la sorpresa de todos, una de las familiares de Marta Ugarte, quien dijo sentirse profundamente emocionada y agradecida de la obra que han hecho y del ejercicio de memoria que hace que la figura de su tía aún viva. Recuerdo ese momento como uno de los pequeños tesoros que entrega el teatro, y creo que finalmente en eso radica la importancia de esta obra, en lograr encuentros y conversaciones tan íntimas y traer al presente a personas como Marta Ugarte, mujer comunista.

La denuncia de las olas

Por Ignacio Pantoja

De la mano de la compañía Olivier Thümmler, la obra Oleaje evoca uno de los crímenes más brutales acaecidos durante la dictadura, con una mezcla de teatro, cine y poesía que hacen de esta pieza un retrato sumamente vívido y personal.

Estrenada en un año tan brusco y alienante como el 2020, Oleaje, obra escrita por Rodrigo Morales y dirigida por Constanza Thümmler y Angelo Olivier, muestra el caso de Marta Ugarte Román, quien el año 1976 fue lanzada al mar desde un helicóptero Puma, como parte de los operativos sistemáticos de desaparición ejercidos durante la dictadura.

Desarrollada a partir de monólogos poéticos aunados por la denuncia, declamados por cuerpos que transitan y se entrecruzan como si flotaran sobre un mar creado con luces, sin duda el elemento que más sobresale de la puesta en escena es el carácter casi cinematográfico que esta posee. Y es que parece bastante claro que Oleaje es una obra pensada para el formato virtual, donde su montaje se ve enriquecido fuertemente con las posibilidades que entrega lo audiovisual.

Así, lejos de ver la virtualidad como un obstáculo o un condicionante, Thümmler y Olivier utilizan esto a su favor, logrando construir una aguda orquesta de luces y sonidos, la cual no solo les permite jugar con las cámaras y los movimientos tanto errantes como cíclicos de las actrices, en un intento por simular las oscilaciones del mar, sino que también sirven para absorber al espectador y sumergirlo en este mismo oleaje, intentando empapararlo de esta necesidad de rabia y denuncia que caracteriza a los personajes.

De esta forma, pasamos a entender el oleaje como una denuncia en sí misma: un rugido del mar que arrastra cuerpos de vuelta a la orilla, como el de Marta Ugarte Román, que pasa a ser el eco de las voces que la dictadura acalló en el mar; pero también, esta estrategia audiovisual posiciona a los espectadores como otros cuerpos que transitan (o más bien conforman) ese oleaje, cuerpos que son cegados por las luces de los helicópteros, y que por lo tanto poseen el deber de denunciar con la misma fuerza que estos personajes, con la misma fuerza que este mar.

La intensidad de las marejadas

Por Matías Muñoz

El cuerpo de Marta Ugarte fue encontrado el 9 de septiembre de 1976 en la Playa La Ballena, en la V Región. Los medios de la época lo calificaron como un crimen pasional, sin embargo, semanas después se reveló que Marta Ugarte fue secuestrada, torturada y asesinada por la DINA. Fue lanzada al mar dentro de un saco desde un helicóptero en los tristemente célebres Vuelos de la muerte.

La obra Oleaje, de la Cía Olivier Thümler pone la voz de Marta Ugarte en una especie de monólogo poético a cinco voces. El montaje presenta una oscuridad casi total, solo cortada por una serie de efectos lumínicos que van desde una simple luz cenital hasta una pared láser que pareciera abrir una dimensión nueva. En este espacio aparentemente yermo crece como un arrecife un discurso oscuro y acompasado que golpea con emoción pero sin sentimentalismo, con fuerza pero sin violencia, sino que con una especie de ternura proveniente del horror.

El texto es como un laberinto transparente, profundo sin perder claridad, las palabras son precisas y pese a lo poético siempre está volviendo a la realidad y a lo físico, generando anclajes que dotan de ritmo propio a cada escena. Las voces de las actrices Tamara Acosta, Trinidad González, Paula Zúñiga, Alexandra von Hummel y Francisca Márquez están presentes en todo su espectro, desde la fragilidad del susurro hasta un grito afilado y tosco. Todo en la obra va y viene en intensidad, como un verdadero oleaje en una costa imposible.

La obra dirigida por Constanza Thümler y Angelo Olivier va proponiendo preguntas a medida que avanza, y tal vez eso sea lo más interesante en un trabajo que ya en sí mismo es interesantísimo. ¿Dónde reverbera esta voz si proviene del vacío? ¿En qué pared imposible hace eco? Y es que en Oleaje asistimos a una voz mutilada por el ruido de un helicóptero, una voz que tiene peso, forma, que casi se puede tocar. Pero decir que es una voz es decir melodía y lo que sucede en esta obra es un acorde. Un acorde disonante y cálido. Una voz que se multiplica en miles y que se expande hasta lo más profundo del espectador como una marejada inquietante.

Oleaje: la voz de Marta Ugarte resuena después de la dictadura

Por Iván González

Es posible que no haya un modo adecuado de representar el miedo y la angustia de alguien que ha sido víctima de un crimen; en *Oleaje*, montaje chileno dirigido por Constanza Thümler y Ángel Olivier con dramaturgia de Rodrigo Morales, hay un intento de sintetizar los pensamientos de Marta Ugarte Román, la profesora apresada y asesinada en 1976 y cuyo crimen fue el primero reconocido en medio de los muchos cometidos por la dictadura en aquel país, desde una perspectiva que vacía al teatro de elementos y deja sola a la voz en un espacio indeterminado, en donde puede seguir resonando por sobre los ruidos y la oscuridad del terror.

Oleaje es un montaje producido en 2020, durante la pandemia por Covid 19, que echa mano de una cuidadosa producción audiovisual y de un intencionado diseño sonoro y de iluminación para dar relevancia a la voz de Marta Ugarte, que suena a cargo de la interpretación de cinco actrices que caminan por un espacio vacío y oscurecido, entre humo y haces de luz. El espacio se vuelve así la infame Villa Grimaldi, uno de los más grandes centros de detención y tortura de la dictadura chilena, pero también se convierte en el lugar desde donde se escuchan despegar y volar los "helicópteros de la muerte" que sirvieron a las desapariciones forzadas de la época.

Sin embargo, Marta Ugarte no habla solamente del miedo y de la angustia, sino que también lanza preguntas que provocan al espectador a no olvidarla, ni a limitarla a vagar para siempre en un sitio de muerte, como si fuera un fantasma condenado a ese lugar: en medio del ominoso ruido de motores y hélices, su voz recuerda que tiene ganas de salirse por la ventana cuando el terror de la dictadura termine, y mantiene a quien la escucha expectante de la posibilidad de que logre ser libre.

El texto de *Oleaje* se convierte de esa manera en algo más que un discurso doliente y trágico, pues habla por Ugarte y por cualquier otra víctima de un modo que puede afirmar que su memoria es sólida y vigente. Para un espectador chileno, el espectáculo seguramente significa un punzante recordatorio de la negra historia de crímenes de la dictadura militar; para espectadores de otras latitudes puede resultar una sacudida alarmante que obliga a preguntarse por las voces de las víctimas de tragedias similares.

Desde México, por ejemplo, los helicópteros y los nombres se traducen fácilmente a la violencia de la "guerra contra el narco" comenzada por los gobiernos en 2006, también sublimada en miles de asesinatos y desapariciones, a veces cometidos por el crimen organizado y a veces por los gobiernos, y que también han devenido en la anulación de numerosas personas olvidadas por prácticamente todo el país. Una voz como la de Marta Ugarte en esta obra invita a imaginar, con ellas, que podrían ser mucho más que las fosas en que fueron desaparecidas.

Oleaje fue coproducida por la Corporación Cultural de Quilicura, Allen Cine y Noctuary. Está disponible en la plataforma web Vimeo, con actuaciones de Tamara Acosta, Paula Zúñiga, Trinidad González, Francisca Márquez y Alexandra von Hummel.

Oleaje

Por Jorge Viñas

El título de la obra y sus primeros momentos, me hicieron recordar a Virginia Woolf. Al principio, pensé que era gratuita mi asociación, pero después vi que no solo era el nombre cercano a la novela de Las Olas, también era la polifonía de voces tan característica del relato. Quizá no haya mucho más con que comparar mi experiencia de la novela y de la obra, pero me gustó que Woolf fuera de lo primero que apareció en mi mente.

Oleaje es una obra con dramaturgia de Rodrigo Morales y dirección de Constanza Thümmler y Angelo Olivier. Las cuerpas de las actrices, casi siempre entre sombras, hacen presente a Marta Ugarte Román, mujer encontrada en la playa el 9 de septiembre de 1976, después de una desaparición forzada, tortura, asesinato y el lanzamiento al mar.

Quienes se ponen frente a nosotrxs, en la pantalla, para hacer presente a Marta son las actrices Tamara Acosta, Paula Zúñiga, Trinidad González, Francisca Márquez y Alexandra von Hummel. Gracias a la ventaja de la cámara, nos invitan a compartir con ellas, de manera íntima y exquisita, cada emoción inevitable y funesta de la puesta en escena y del caso que nos exponen.

Hay otros dos personajes en la puesta en pantalla: la luz y el sonido. El sonido del helicóptero acompaña, casi como contratiempo y que provoca nerviosismo, cada paso y cada palabra del texto. La luz es movimiento, modifica, violenta, muestra, expone; pero sobre todo, atraviesa las cuerpas en escena.

Como mexicano lamento desconocer estos relatos que están tan cerca de mí, que me conectan como parte de la historia de Latinoamérica y sin embargo a veces los siento tan ajenos y a la vez no. Son nombradas las dictaduras, pero las cuentan como algo lejano. Al terminar de ver la obra, lo primero que hice fue buscar el caso con necesidad de tener más contexto. Hice el ejercicio de nombrar en mi casa a Marta y fue la primera vez que mis padres y mi tía escucharon su nombre.

¿Cómo, siendo extranjero, no borro el nombre de Marta Ugarte Román? ¿Cómo dejo de ser un extranjero y hago presente a Marta e infinitas víctimas?

Creo que un comienzo es nombrarles, buscarles. Que deje de ser ajeno. Y no sólo lo extranjero. Nombrar también a lxs desaparecidxs de mi país. Ser parte de Latinoamérica. Escuchar. Informarse. Estar para lxs demás. Y no sólo esperar a que me lleguen las repercusiones apenas como pequeñas olas.

Romper las olas

Por Cristián Cortés

Miro la versión en línea de Oleaje, dramaturgia de Rodrigo Morales, y pongo resistencia. Me cuesta digerir el tema: la desaparición de Marta Ugarte Román, un caso más de la dictadura de Augusto Pinochet y que la prensa intentó disfrazar de crimen pasional. Lo asocio a las desapariciones de México, cuyo contexto me es más cercano, aunque las circunstancias difieren.

¿Cómo sobrellevar la resistencia? Para empezar, por las imágenes y el ritmo creados por Constanza Thümler y Angelo Olivier, y la dirección de fotografía de Víctor Rojas. Recrean un mundo de luces y sombras, que aluden a la clandestinidad en que vivió la protagonista y, a la vez, a su mundo interior. Las imágenes se abren a diferentes lecturas. Según las experiencias y el envalentonamiento, cada espectador puede profundizar en mayor o menor medida en el dolor, la violencia y la ausencia.

Sumado a lo anterior, las intérpretes, Tamara Acosta, Paula Zúñiga, Trinidad González, Francisca Márquez y Alexandra von Hummel, juegan con las luces. A veces, emergen de un mar luminoso; en otras, se esconden en las penumbras. La falta de claridad incita a reconstruir los rostros y las expresiones. Se experimenta la ansiedad de no tener el panorama completo.

Eso mismo que pasa con las luces y sombras, ocurre con la música y el lenguaje. La composición musical y el diseño sonoro de Sebastián Carrasco aluden al encierro, a la persecución. No hace falta conocer el contexto por entero: el helicóptero persistente evoca la vigilancia, las notas disonantes reverberan la ansiedad.

Las intérpretes hablan en un flujo de consciencia no lineal. Van y vienen entre lugares, nombres, conceptos. Son Marta Ugarte y son los testigos. El saco no es únicamente donde se guardó el cuerpo, sino que también es el control de una ciudad y la opresión ideológica. Descubro que mi resistencia se debe a la ansiedad ante lo fragmentario, al deseo de una historia lineal y uniformada; pero ¿cómo pedir una historia lineal ante un caso que se ocultó? Si esta es mi angustia, ¿cómo es la de quienes buscan a sus seres queridos?

La tensión entre mi resistencia y la poesía de luz y sombras despierta preguntas sobre mi contexto. Por ejemplo, ¿en qué saco estoy? ¿estoy apoyando en la construcción del saco?. Mientras haya una persona desaparecida en Chile, en México, en América Latina, son preguntas necesarias, aunque no se las quiera ver. En este punto, identifico cómo Oleaje dialoga con el sentido colectivo. Lo sintetiza de varias maneras, como en uno de sus parlamentos: "Yo no llegué sola a la orilla. Imposible. En ese saco nos fuimos todos".

Gracias a las grietas del lenguaje, a las pausas, a la multiplicidad de sentidos, Oleaje llega como agua. No en un vaso para saciar la sed, sino como un mar que rompe nuestras resistencias, nuestros olvidos.

Oleaje: El llamado del agua, fuera de todo silencio

Por Beatriz Reyes

Año 2020: movimientos sociales, pandemia mundial, encierro, introspección, crisis, experimentación, distanciamiento, virtualidad. En este contexto, donde el teatro (al igual que muchas otras disciplinas) se vio en la obligación de explorar otros formatos para mantenerse vigente, aparece Oleaje, un montaje que, mezclando este arte, el cine y la poesía nos invita a reflexionar en torno a la memoria, lo político y la relación entre pasado, presente y futuro.

Esta obra escrita por Rodrigo Morales, dirigida por Constanza Thümmler y Angelo Olivier e interpretada por Tamara Acosta, Trinidad González, Paula Zúñiga, Alexandra von Hummel y Francisca Márquez, se inspira en el caso de Marta Ugarte, la profesora y dirigente del Partido Comunista, cuyo cuerpo fue encontrado en la playa La Ballena de Los Molles el 12 de septiembre de 1976. Ella fue detenida por agentes de la DINA, torturada en Villa Grimaldi y, posteriormente, (al igual que otros/as detenidos) colocada en un saco, amarrada a rieles de tren y lanzada al mar desde un helicóptero Puma.

La prensa de la época se refirió al hecho como un crimen pasional, pero la verdad es que su cuerpo emergió de las profundidades del mar para revelar parte de las operaciones de la DINA y, por ende, de los horribles crímenes de la dictadura chilena.

Para llevar a escena este hecho, Oleaje nos sitúa en un espacio onírico, espectral, confuso, delirante, en el que cinco voces (re)construyen un relato fragmentado, poético, doloroso, y nos sumergen en la mente, el sentir y los pensamientos de Marta Ugarte.

Varios son los elementos que se unen perfectamente para generar la atmósfera deseada: además de las destacadas actuaciones, el texto posee un carácter poético que no solo está dado por el uso de metáforas y símbolos (como la constante alusión al saco para representar la opresión, la violencia y el silenciamiento), sino también por el ritmo de este: las pausas, aliteraciones y otros recursos replican el vaivén de las olas, lo que se aprecia, por ejemplo, en aquellos momentos en los que una de las intérpretes dice un texto y, otra, segundos después, lo repite, generando una fusión de voces envolvente, donde las palabras se rompen al chocar entre ellas.

Junto con lo anterior, destacan la iluminación, a cargo de Diego Miranda y Soledad Águila, quienes utilizan las luces, las sombras y el contraste para generar una especie de velo que, al mismo tiempo, vela y revela la verdad, los hechos, la historia; y el diseño sonoro de Sebastián Carrasco, quien, utilizando recursos como música incidental y el sonido de un helicóptero Puma, nos mantiene en estado de alerta y nos sumerge en la desesperación.

Así, Oleaje se alza como un ejercicio político que hoy resuena, porque Marta Ugarte representa muchas de esas preguntas sin respuesta sobre las que aún se debe hablar y, también, porque de forma similar a la aparición de su cuerpo, hechos como el 18 de octubre y la pandemia sacaron a la luz aquello que permanecía oculto y por lo que era necesario luchar.

Oleaje: luz y memoria

Por Abraham Martínez

Un tono in crescendo se interrumpe de manera precipitada. Deja en su reverberación una ligera permanencia sonora, que se desvanece paulatinamente. Fade desde negro. El ojo del espectador ingresa, su percepción orientada por la lente de la cámara, a un espacio inundado por un mar lumínico que divide la pantalla en dos sectores. Una nube de haze crea una sensación de flujo continuo. El ángulo comprendido por el haz de luz se fuga hasta su fuente, en oposición diametral con respecto de la cámara. Tres performers se introducen lentamente al sector luminoso, dibujando alargadas estelas de sombra donde sus cuerpos irrumpen el haz, roquerías que se oponen al flujo. El contraluz como signo, aquello que permanece oculto pero cuya silueta se delinea. Un dispositivo móvil describe periódicamente una trayectoria angular reminiscente a la de un faro, que señala a los navegantes la ruta a tierra. Luces laterales comienzan a dotar de volumetría, definiendo los cuerpos. Una voz se descompone en polifonía. Fragmentada, en una variedad de matices que oscilan entre la solemnidad, el desconcierto, el secretismo y el dolor, enuncia el contenido de un texto proyectado:

MARTA UGARTE ROMÁN
APRESADA UN DÍA DE 1976
PUDO HABER SIDO ESTA MAÑANA
UN HELICÓPTERO PUMA DEL EJÉRCITO
AL INTERIOR DE UN SACO
LANZÓ SU CUERPO CONTRA EL MAR

Permanece una de las mujeres. Su movimiento cristalizado por una luz estroboscópica, que le confiere una cualidad errática y fragmentaria. Se hace oscuro y una actriz distinta aparece inmersa en una luminosidad proyectada desde el fondo que abarca todo el espacio. Una luz frontal arranca la silueta de la penumbra, como arrebatándola del anonimato, y revela el rostro de la performer. Quizá la memoria que disipa el velo de la versión oficialista, instalando en el desvelamiento una verdad histórica. "Mi nombre ya no es oscuro, ni temblor, ni tiniebla".

Fresneles en intermitencia desde múltiples direcciones. Regueros luminosos asperjados por barrotes que a manera de gobo extienden su sombra en el espacio. Proyección rotatoria que evoca la hélice del PUMA. Un haz concentrado que figura un intersticio por el que se cuele la luz. Una mano que alcanza la verticalidad y rompe la tensión superficial del plano luminoso. El cuerpo como soporte/superficie de proyección. Recurren las operaciones lumínicas que admiten su lectura en tanto signos.

Teatro es el lugar desde donde se mira, donde en esta puesta figura la cámara en tanto instrumento óptico, que a su vez devuelve su mirada, procesada y editada, al espectador en su reproducción. Construida a partir de la figura de Marta Ugarte, militante del Partido Comunista de cuyo Comité Central era miembro, Oleaje es una obra digital creada para su presentación asincrónica. Se trata de una pieza liminal que ingresa al territorio entre los linderos disciplinares, donde la iluminación y el montaje contribuyen a configurar el dispositivo.

Detenida por la DINA, Ugarte fue torturada en La Torre de Villa Grimaldi, asesinada y arrojada al mar como parte de los denominados Vuelos de la muerte. Tras descubrirse su cuerpo en Playa La Ballena, la prensa vinculada con el Estado inició una operación de encubrimiento. Hasta 1991, como resultado de la publicación del Informe Rettig, se reconoció la verdad sobre los crímenes cometidos.

Puede leerse esta propuesta como una búsqueda de arrojar luz, mediante la recuperación de la memoria, a los mecanismos de desaparición y ocultamiento en la dictadura.

Dos Chiles en medio del mar

Por Ignacio Andrade

“El teatro no puede desaparecer porque
es el único arte donde la Humanidad se enfrenta a sí misma”
Arthur Miller

La obra pone de manifiesto el rol político del teatro, en tanto disputa de un discurso sobre el pasado que es importante antagonizar en sus contenidos y legitimidad. Base teórica de una interpretación actoral que configura un dispositivo escénico donde la realidad erupciona desde el dolor, angustia y desesperación en tanto verdad metabolizada.

Una de las funciones del arte, y en particular el teatro, consiste en plasmar a través de símbolos, lo que es muy difícil hacer con palabras.

Dirigida por Constanza Thümler y Angelo Olivier, Oleaje es un grito al interior de un Chile azotado por la más cruel persecución política, mostrando desde un trabajo de iluminación sutilmente descarnado, el caso de Marta Ugarte Román- interpretada por Tamara Acosta- militante comunista de 42 años, cuyo cuerpo fue lanzado al mar por un helicóptero Puma del ejército, luego de estar cerca de un mes en Villa Grimaldi, donde fue brutalmente torturada.

La puesta en escena sigue una estructura narrativa en base a diez relatos representados en forma de monólogo fragmentado por Tamara Acosta, Paula Zúñiga, Trinidad González, Francisca Márquez y Alexandra von Hummel, reconstituyendo una agonía que concluye en la muerte corporal y simbólica de una generación política, dejando una cicatriz que todavía está lejos de sanar.

En Oleaje, la desaparición forzada y explosiva de lo humano emerge cruda en clave de existencias amarradas en un saco que azota el agua, hasta perderse en el fondo del mar. Es que no son sólo cuerpos las víctimas de ese rito sádico que alimenta una máquina de exterminio. También son biografías personales. El grito de Marta Ugarte sintetiza las voces de miles de compatriotas que fueron torturados y vejados en el más absoluto silencio e impunidad.

Es la súplica de justicia en muchas familias que hoy no saben donde se encuentran los cuerpos de sus familiares. Es la constatación de una memoria extraviada y ausente, suplantada de una historia falsa.

De esta manera, la obra pone de manifiesto el rol político del teatro, en tanto disputa de un discurso sobre el pasado que es importante antagonizar en sus contenidos y legitimidad. Base teórica de una interpretación actoral que configura un dispositivo escénico donde la realidad erupciona desde el dolor, angustia y desesperación en tanto verdad metabolizada.

El grito de socorro en Marta Ugarte es un texto que forma parte del trauma de un país, liberando una memoria viva que abre por 38 minutos “ese saco donde nos fuimos todos”, para encontrarnos en un relato que nos incluya en tanto defensores de la dignidad humana.

Un oleaje que se lleva los restos de un sueño que terminó trágicamente, abriendo desde el trabajo dramático la esperanza de llegar a una ribera donde concebir un futuro amable para todos. El montaje, que fue grabado durante los días de pandemia, siguió un protocolo de higiene. Para su elaboración, se estableció una metodología basada en ensayos virtuales.

¿Dónde está?

Por Vladimir Zecua

La capacidad de adaptación es una habilidad inherente a la creación escénica; asiduamente cambiamos de equipo de trabajo, de recinto, hasta de ciudad o país; y desde la implementación de los confinamientos para evitar la propagación de la covid, también se ha desarrollado la posibilidad de cambiar el diagrama de comunicación tradicional de [personas que representan – público] a [personas que representan – puente digital – público].

En un año y nueve meses se pasó de sesiones de zoom improvisadas desde la cocina, o lives de Instagram leyendo a Shakespeare, a transmisiones con calidad de cine y la creación de piezas que son complicadas de encasillar en una categorización existente.

Oleaje es una obra escrita por Rodrigo Morales, con dirección de Constanza Thümler y Angelo Olivier, actuaciones de Tamara Acosta, Paula Zúñiga, Trinidad González, Francisca Márquez y Alexandra von Hümmel; con elementos de teatro, cine, poesía, música, videoarte, y un diseño sonoro que eriza la piel.

Estrenada en Facebook Live en octubre de 2020, el eje de la obra es Marta Ugarte Román, la primera asesinada de la dictadura chilena.

Con una búsqueda básica en google podemos conocer cómo fueron los hechos: la secuestraron, torturaron, ahorcaron, ensacaron y arrojaron desde un helicóptero al mar, se sabe que eso pasó así y no hay duda con ello; sin embargo, en la puesta nada está dicho de una sola manera, más de una actriz da voz a Marta, desde diferentes tiempos, y en coordenadas distintas, y en ocasiones al mismo tiempo; el uso de los espacios, la iluminación y el video, no ilustran de una manera, como sería el camino fácil y tal vez lógico para una obra que parte de lo documental; las palabras que evocan pero no detallan todo, nos dejan a lxs espectadorxs completar el relato, tanto como nuestros referentes de tortura y opresión, y nuestra sensibilidad nos lo permitan.

La puesta en cámara nos brinda la oportunidad, por el lado técnico, de apreciar gestos y expresiones inaccesibles para el teatro convencional y esa misma cercanía nos confronta insistentemente cara a cara con el dolor, el coraje, la rabia, la falta de humanidad de los torturadores y las convicción férrea de Marta.

Es difícil pasar indiferente frente a ella.

Oleaje: el silencio de un cuerpo callado por la fuerza

Por Macarena Farías

El oleaje en Chile es fuerte, y aunque la mayoría de sus playas no son aptas para el baño, nos bañamos igual. Las olas cada cierto tiempo reclaman su lugar con fuerza y arrasan con todo a su paso.

Esta obra presentada en un formato audiovisual nos muestra una primera imagen mar adentro, la protagonista se presenta y el universo sonoro aporta con esa sensación de estar en medio del mar.

La luz que cruza la escena parece la de un faro buscando algo perdido, las intérpretes que son Tamara Acosta, Trinidad Gonzalez, Paula Zúñiga, Alexandra von Hummel y Francisca Márquez tienen características similares, sus rostros en penumbras nos confunden, podrían ser todas la misma y ninguna. Sus colores y su ropa, incluso la forma de decir es parecida.

La luz estroboscópica a ratos cansa la vista del espectador. A pesar de tener una duración breve, la obra es intensa y parece por el texto y la trama que dura mucho más.

Veo la obra y me veo, porque Marta puede ser cualquiera, cualquier mujer con rasgos de mujer chilena perdida en medio del Pacífico, los colores del montaje son fríos como el relato, la dirección de Constanza Thümler y Angelo Olivier es clara, hay un lenguaje que tiene coherencia en su puesta escena como el diseño integral. El texto a veces cansa, por el uso de palabras poco cotidianas y que hacen que el espectador se aleje de lo que está viendo.

Para mí la obra funciona. Lo que más me gusta es la mezcla entre teatro y cine, visualmente me parece un trabajo hermoso, el casting interesante y muestra una nueva forma de crear y hacer teatro en pandemia.

El mar y su inmensidad, la muerte y su eternidad, las palabras que nunca oímos, los recuerdos que imaginamos de una historia que jamás conoceremos en su totalidad, el silencio de un cuerpo callado por la fuerza.

La dictadura es parte de nuestra historia y no debe ser olvidada.

“Me llamo Marta Ugarte, y me pueden decir comunista”

Por Ángeles Díaz

Chile sufre una compulsión social desde el 2019; la palabra política es clave para comprender el estado nacional. Las últimas elecciones presidenciales se vieron enfrentadas por un aspirante joven, candidato -dicen algunos- de una nueva esperanza versus un representante de la ideología de ultraderecha, que comentó no poseer problemas con la figura de Pinochet. Ante este escenario, será necesario volver a recordar uno de los períodos más oscuros en los que se vio sometido el país, el cual parece aún no asumido por un porcentaje considerable de la población chilena.

En esta oportunidad, comentaré *Oleaje* (2020) obra de teatro bajo la dirección de Constanza Thümler y Angelo Olivier. El dramaturgo y poeta Rodrigo Morales nos retrata la figura de Marta Ugarte Román, profesora y comunista torturada en Villa Grimaldi, siendo luego arrojada al mar.

El elenco se compone de Tamara Acosta, Paula Zúñiga, Trinidad González, Francisca Márquez y Alexandra von Hummel. Todas ellas a su vez son Marta Ugarte, de este modo escuchamos el testimonio de la opositora: un relato fragmentado por cuerpos distintos. Pero también, las historias anónimas de otras mujeres violentadas en dictadura enlazadas por una sensibilidad común. La elección de actrices múltiples para representar a un solo cuerpo femenino se vincula con el símbolo del mar, el cual siempre se quiebra en distintas olas, volviendo a recogerse y levantarse, más siguen rompiéndose al chocar sobre arena.

Las voces de ellas se escuchan claras, existe miedo y rabia connotada, como si no pudiesen creer el guión que actúan, porque probablemente Marta Ugarte tampoco podría creer que ese fuese su desenlace. Lo que ayuda a volver a indignarnos por los hechos cometidos en contra de los derechos humanos.

Por el lado visual se destaca el trabajo de iluminación por parte de Noctuary, en efecto, existen unas escenografías simples que acompañan el texto, no obstante, a veces se prende una resplandeciente luz azul, invitando al espectador a sumergirse en la marea.

Asimismo, en la pantalla a ratos se presentan unas franjas de tonos azulinos, parecido a una mala señal de televisión, lo que recuerda al mar en movimiento continuo siendo parte de la escenografía digital.

El lenguaje sonoro ayuda a esta sensación: pequeñas válvulas de sonido golpeado que sostienen la sensación de insistencia del mar, simulando un barco, acompañado a ratos del ruido de las alas del helicóptero.

De este modo, la obra desde su formato online cumple con un adecuado montaje para remecer al espectador, y golpear con la ola los alegatos de Marta que hasta el día de hoy no son asumidos.

Muy adentro en el mar

Por Patricio Orellana

Oleaje, en palabras de su mismo dramaturgo Rodrigo Morales, es un tributo a la melancolía; son voces reconstruyendo imágenes de un pasado, son sombras que intentan seguir viviendo mediante sonidos ahogados de emoción, dolor; cuerpos transeúntes que navegan en un espacio desconocido, que hablan sin racionalidad, que dicen, que intentan decir pero no pueden; son frases hiladas que el dolor impide terminar, imágenes incompletas en una eterna búsqueda.

Son preguntas sin respuestas.

¿Dónde están? Pregunta con múltiples aristas en el viaje propuesto por ambos directores (Constanza Thümler y Angelo Olivier).

¿Dónde están sus cuerpos? Algunos, en un saco en lo profundo del mar. Marta Ugarte fue una de ellas, la primera de muchas que tocó tierra firme luego del mal.

Profesora, comunista, acallada y acribillada en tiempos de dictadura en nuestro país.

Oleaje es una propuesta audiovisual que juega con la percepción de aquel que escucha y ve. Sin un contenido claro a nivel estructural, la obra nos conduce a la sensación, a la apelación emocional que un grupo de actrices, mediante sus cuerpos y voces, consiguen una vez que la razón deja de interponerse entre la experiencia estética y el espectador.

Es por la misma razón que me parece tremendamente valioso que el dolor que hay detrás de esta historia oculta de nuestro país, sea no resolutorio, ni mucho menos algo claro; aún estamos buscando, aún nos sigue doliendo porque es una herida sin costra ni cicatriz, aún intentamos entender, saber qué es lo que nos pesa como país y sociedad.

Trabajo audiovisual impecable a nivel técnico, con momentos musicales muy potentes e imágenes sugerentes.

Oleaje: historia y memoria. El teatro como herramienta política

Por Claudia Lobos

Oleaje se basa en la historia de Marta Ugarte, la profesora y dirigente del Partido Comunista que fue detenida, torturada y posteriormente ejecutada en 1976, acciones llevadas a cabo por la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA). Su cuerpo fue encontrado el 12 de septiembre de 1976 en una playa de la localidad de los Molles, tras lo cual un montaje aseguraba que se trataría de un crimen pasional.

La obra escrita por Rodrigo Morales y dirigida por Constanza Thümmler y Angelo Olivier se sitúa en el contexto de la dictadura chilena, basada en una de tantas historias de persecución política.

El caso de Marta Ugarte no es un hecho aislado. Chile retornó a la democracia con miles de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos, sobre lo cual se han instaurado vagas medidas de reparación y justicia, es por ello que esta obra estrenada en medio de la crisis sanitaria¹ y un año después del estallido social chileno que transformó las relaciones sociopolíticas se puede interpretar como una interpelación al negacionismo y un desafío al olvido.

La obra permite traer al presente un pasado que podría parecer lejano, sin embargo, a través de las interpretaciones de Tamara Acosta, Paula Zúñiga, Francisca Márquez, Alexandra Von Hummel y Trinidad González, acerca al espectador a la incertidumbre, angustia y desolación causada por la represión.

Los susurros, el sudor y las lágrimas se entrelazan con los movimientos de cámara, los efectos de luces y de sonido, lo que hace que la experiencia audiovisual sirva más allá de la puesta en escena, como una herramienta política, un rescate a la memoria, al dolor y a la pérdida.

Al igual que en 2019 con el estallido social, en los años setenta, como se expresa en Oleaje, "cae la ciudad". Nuevamente cae con el uso de la fuerza y conmueve a quienes ya lo han experimentado, angustia a quienes transitan entre el miedo y la resistencia.

Oleaje nos recuerda que el pasado llena de significados y de sentido el presente, nos obliga a posicionarnos ante hechos innegables, lo que hasta cierto punto podría incomodar al negacionista o al privilegiado, porque Oleaje se sitúa desde la vereda de la doble opresión al tener como protagonista a una mujer comunista.

La obra tiene un alto nivel descriptivo de los sucesos ocurridos en el '76. Hace una referencia al paso de Marta por Villa Grimaldi, su posterior tortura y ejecución, lo último con tal nivel de detalle, que se duplican las apuestas de esta puesta en escena, ya sea por el morbo, la expectación o simplemente la empatía que causa en el espectador, ya que puede desde ese lugar dialogar con la defensa de los derechos humanos y a su vez, con quienes son incapaces de reconocer un pasado que tiene consecuencias hasta la actualidad. Dos posturas que hoy polarizan la sociedad chilena del siglo XXI.

Una reflexión sobre la luz y sus fantasmas

Por Martín Virrueta

La puesta en pantalla del poema Oleaje, dirigida por Constanza Thümler y Angelo Olivier, es un homenaje a Marta Ugarte, chilena detenida y asesinada en 1976. La luz se pone al centro de la escena como símbolo de la memoria, lo que vuelve a aparecer y lo latente en la historia.

El poema escrito por Rodrigo Morales es abordado desde la voz fantasmagórica de Marta Ugarte Román, quien relata y reflexiona poéticamente sobre la clandestinidad de su vida, la perversidad de su asesinato y la tenebrosa condición de un país sumido en una violenta dictadura.

«Mi nombre ya no es oscuro, ni temblor, ni tiniebla» proclama la actriz Tamara Acosta a los inicios de la obra, en tanto se trata de un montaje que propone hacer luz sobre las tinieblas de un periodo de la historia nacional chilena donde la desaparición, el ocultamiento y la censura eran formas predilectas del gobierno de Augusto Pinochet Ugarte. En este sentido, la luz aparece como el soporte principal de la puesta, tanto material como simbólicamente.

La obra es principalmente filmada en un lugar amplio, cerrado, vacío y oscuro (lo que le da un sentir teatral interesante), como un hangar abandonado, que solamente cuenta con algunos focos visibles al espectador.

Son las impactantes intervenciones y animaciones lumínicas a cargo de Noctuary (dúo compuesto por Soledad Águila y Diego Miranda) aquellas que llenan y modifican el espacio, donde la luz puede ser el mar y el humo su espuma, o bien puede ser las aspas de un helicóptero o un alambre cruel. Se trata, entonces, de un espacio embrujado por la luz (un fantasma que no se puede tocar, pero está ahí) que abre paso a la dimensión de la memoria, la consciencia y el desbaratamiento de los tiempos.

En este retrato de luces y sombras irrumpen cuatro actrices (Tamara Acosta, Trinidad González, Francisca Márquez y Alexandra von Hummel) vestidas de negro y a contraluz. Como si sus cuerpos fuesen poseídos por el fantasma de Marta Ugarte, interpretan a modo coral el texto poético con una actuación afectada y visceral, enfocada en el uso preciso de la voz y el gesto para crear una atmósfera densa y oscura.

El trabajo de cámara y planos justamente tiende a privilegiar las tomas en primer plano de las actrices, donde la lágrima, el ceño fruncido, la mueca amarga y las manos en la sien se ven con lujo de detalle.

La palabra parece inundar los 38 minutos de la puesta, sin embargo, los momentos más logrados son aquellos donde no hay acción verbal y la música, los cuerpos y el claroscuro pueden ser elocuentes por sí mismos (sobre todo aquellos llevados a cabo por von Hummel, o el gesto del puño final de Acosta).

El diseño sonoro elaborado por Sebastián Carrasco también golpea la nota de la fantasmagoría; con influencias del Ambient, Drone y el minimalismo, los sintetizadores y los pianos reverberados y revertidos

(como una nota que viaja desde el pasado hacia el presente) sostienen una atmósfera misteriosa que es acechada por toqueteos, rasqueteos, asaltos sónicos y un helicóptero que invade. Al igual que un faro que busca cuerpos en el mar, este montaje traza un haz de luz (o más bien, lanza un salvavidas) desde nuestro presente hacia el pasado.

Oleaje, por ende, es una invocación: «aquí hay un cuerpo» advierte el poema, recordando la presencia pulsante de una mujer víctima de la dictadura, que puede ser cualquier mujer, y que no debe ser olvidada (porque «en alguna parte de nuestra cabeza todo está huyendo»).

Ahora, las preguntas que se abren al hacer el ejercicio espiritista de la memoria son: ¿qué fantasmas volverán en la resaca de la historia?, ¿qué vienen a advertir en su oleaje? Nona Fernández, en su novela *Voyager* (que también aborda el caso de detenidos durante la dictadura), afirma que “la luz del pasado ilumina nuestro presente”.

El rostro de los desaparecidos: Oleaje, soy Marta Ugarte

Por Franco Fuentes

“Pudo haber sido esta mañana” es la frase con la que comienza la obra Oleaje, tras lo cual, las actrices Tamara Acosta, Trinidad González, Paula Zúñiga, Alexandra von Hummel y Francisca Márquez, toman el papel protagónico de Marta Ugarte para representarnos a través del monólogo, el motivo que recorre la obra en su totalidad: la desesperación.

Dirigida por Constanza Thümler y escrita por Rodrigo Morales, la obra nos presenta en retrospectiva, el caso de la profesora chilena y dirigente del partido comunista, Marta Ugarte; Mujer detenida por la DINA el 9 de agosto de 1976, torturada en Villa Grimaldi y asesinada el día 9 de septiembre del mismo año, ejecutada al ser lanzada desde un helicóptero al mar, siendo su cadáver encontrado en la playa de Longotoma.

La obra se nos presenta con iluminación de colores cálidos, principalmente de tonos de naranja, celeste y blanco, los cuales irrumpen en la oscuridad de un fondo de imágenes que cambian durante el transcurso de la obra, generando una composición que da emoción al monólogo de cada actriz, lo que es intensificado por los efectos de sonido, punzantes al momento preciso en el que irrumpen a escena.

Oleaje evidencia una espina clavada aun en el núcleo de la sociedad chilena, en los recuerdos de todos los que nos hacemos cómplices de esta; la imagen del desaparecido como alguien sin rostro y sin voz.

La puesta en escena busca reivindicar la falta de justicia, presentando la emocionalidad y la historia de una mujer que se intentó eliminar de la historia mediante su trágico fin, únicamente por su posición política.

Los gritos de desesperación y el llanto de dolor se ponen en contraste con el silencio y la calma previa a un destino ya escrito. La multiplicidad de voces desde un único personaje nos presenta una cosmovisión de la tragedia, dada desde la interpretación de los sucesos y de la persona.

De esta manera, la tragedia en la obra nos recuerda que, al día de hoy, sigue sin haber justicia por todos aquellos que, al igual que Marta Ugarte, desaparecieron; por todos aquellos que fueron reconocidos, así como por los que no, y por los que nunca fueron encontrados. Nos recuerda que aquellas imágenes en el puente Bulnes, aquellas sillas en el Estadio Nacional; no son solamente recuerdos de aquellos que ya no están entre nosotros, sino que también, son heridas sin sanar en una sociedad que aún busca eliminarlos de la historia.

Lo que dice el silencio

Por Camila Albertazzo

“Las palabras no hacen el amor sino la ausencia” nos dice Pizarnik; y en la obra *Oleaje*, del dramaturgo Rodrigo Morales, el relato polifónico performa la memoria de la ausencia a través de las palabras.

En *Oleaje* encontramos un patchwork de voces que nos remiten a la historia de Marta Ugarte, quien fuera brutalmente asesinada por la dictadura de Pinochet en Chile en 1976. Fue arrojada por un helicóptero militar al mar, en un saco y con un riel adentro, sin embargo, el cuerpo se soltó, flotó y fue encontrado en la playa La Ballena con marcas inapelables de tortura.

Durante años se armó un montaje en el que se hablaba de crimen pasional, intentando borrar la verdad. Varios lustros después, *Oleaje* permite, a través de la actuación de Tamara Acosta, Paula Zúñiga, Trinidad González, Francisca Márquez y Alexandra von Hummel; una recuperación de la memoria fracturada de un país que no ha querido olvidar.

Se abre la imagen con el personaje de Marta Ugarte presentándose al público, sin embargo, se suceden imágenes que permiten una sensación discursiva que no subalterniza limitándose a una sola voz, sino que permite más bien generar el efecto polifónico que abre la historia desde las palabras no dichas de Marta Ugarte y de paso de todas las que vivieron similares horrores.

Aquí se escucha: “No sé decir /No son las palabras”.

El silencio, ojo operante de la dictadura, tachó cualquier discurso acusatorio, inoculando el miedo a la palabra. Es por esto que las voces repiten un texto cargado de poesía que nos recuerda a la Pizarnik en su intensidad pero que también nos remiten, siguiendo a Jelin, a la memoria como un trabajo cultural de sanación del trauma.

“No es la ausencia, pero no sé decir ausencia” repiten las voces, que arman el tejido testimonial de lo no dicho: “Solo hay ausencia contra las rocas/ sangre acumulada que los cuerpos no derramaron allá adentro/ palabras/rostros/rocas/la entrada al agua”.

Otro punto interesante es el montaje lumínico, a cargo de Noctuary, quienes proponen una luz intermitente y opaca que genera un ambiente en continuo movimiento, tal como el oleaje del mar.

Huelga decir que el sonido juega el partido completo asociando los sonidos al relato, lo que construye un paisaje sonoro que permite entrar fácilmente a la poética angustiada de las voces.

La obra nos deja una urgencia, un imperativo de pensar en la recuperación de la memoria como un proceso que sea performado por el arte, entregando así un cuerpo de memoria social que pueda ser habitado por los discursos que fueron tachados antes.

La obra nos interpela en la pregunta ¿qué recordamos? y ¿cómo lo hacemos? presentando intersticios de bruma que dejan más preguntas sobre el silencio que sobre lo que se dice. Irrumpe entonces esa pregunta que se repite en Oleaje: “¿Qué dice tu memoria?”.

Oleaje, ¿A cuántas llevaste contigo?

Por Angelina Zilcher

Oleaje es una obra de memoria sobre Marta Ugarte, mujer comunista asesinada en la dictadura cívico-militar de Chile, en el año 1976.

Tal como nos propone el nombre de la obra, las olas se llevaron consigo a ella y a muchas otras personas, detenidas, desaparecidas, torturadas y asesinadas en dictadura. Todas ellas tenían algo en común: Su pensamiento y sentir político, el cual las hizo terminar en el fondo del océano y quizás, donde más.

Esta obra fue dirigida por Constanza Thumler y Angelo Olivier, escrita por Rodrigo Morales y actuada por Tamara Acosta, Paula Zúñiga, Trinidad González, Francisca Márquez y Alexandra von Hummel.

A nivel de puesta en escena, la dirección propone un lugar oscuro, en penumbras, en donde vemos diversas luces con tonalidades frías, las cuales acompañan las actuaciones y ayudan a generar un espacio fantasmagórico y sombrío, y que nos transportan a la ficción de que las luces representan el helicóptero Puma que llevó a Marta Ugarte al centro de tortura Villa Grimaldi, específicamente, a La Torre, en donde estuvo detenida durante un mes. Y que estas luces son el océano profundo y oscuro que guarda los cuerpos mutilados de muchas.

Un recurso que me parece bien aprovechado en esta obra trabajada desde lo cinematográfico, es que las voces y las respiraciones de las actrices se lograron apreciar muchísimo gracias a la utilización de micrófonos. Aquello sumó al mundo sonoro trabajado por Sebastián Carrasco, haciendo sentir el relato de manera más íntima y a su vez, más potente.

Aquí quiero resaltar la actuación de Francisca Márquez, la cual me parece que se empapa profundamente del personaje que interpreta y nos entrega toda la angustia que imaginamos pudo haber sentido aquella mujer. Me parece que ella es quien nos guía de manera más concreta durante toda la obra y que las demás actrices toman un rol en donde nos ayudan a complementar la historia desde sus bellas y sensibles actuaciones.

El texto que empapa el espacio escénico nos recuerda constantemente el saco con el cual fue envuelta el cuerpo de Marta Ugarte. Este objeto toma gran relevancia durante el transcurso de la obra.

“Y una vida que termina en un saco, sin vida, sin saco, sin costura, sin ausencia”.

Me pregunto, ¿Cómo pudieron hacer esto? Te recordaremos Marta Ugarte y a todas aquellas personas torturadas y asesinadas en la dictadura de 1973.

Oleaje: un saco de emociones perversas (que conmueven)

Por Andrés Carrasco

Oleaje sale a la luz un 17 de octubre de 2020, en pleno periodo de pandemia, a través de una emisión Facebook live de la Corporación Cultural de Quilicura, en una versión teatral que visita al cine y la poesía.

Bajo la dirección escénica de Constanza Thümler y Angelo Olivier, y la dramaturgia de Rodrigo Morales, la puesta en pantalla cuenta con las actuaciones de Tamara Acosta, Paula Zúñiga, Trinidad González, Francisca Márquez y Alexandra von Hummel, elenco que - sumado al diseño audiovisual y sonoro- construyen un universo sugerente, cargado de angustia/desasosiego/melancolía, en torno a la figura de Marta Ugarte, profesora y militante de izquierda -“pueden decirme comunista”-, apresada, torturada, muerta y lanzada contra el mar por las fuerzas represivas de la dictadura de Pinochet.

Agua, oscuro, tiniebla, horno, cuero quemado, saco, tiniebla, opacidad, alambre, depredador, víscera, fuga, asalto, abandono, Villa Grimaldi, torre, ejército, agonizante, fosa, militancia, patio 29, comunista, interrogatorio, helicóptero puma, cautiverio, memoria, cementerio son parte del mundo/campo/SACO semántico que construye el texto de Morales y que las actrices dan vida en el universo sonoro de la obra.

La música incidental, el sonido de un helicóptero puma como leitmotiv, el saco como símbolo (de aquello que se guarda, que se esconde, que se oculta, que se niega) y una iluminación que privilegia el efecto a contraluz, terminan de componer una atmósfera que obliga/invita/provoca al espectador a sumergirse en un abismo de sensa-/emo- ciones que limitan con la nostalgia, o con el dolor, o con la angustia. Difícil de precisar. Difícil de enunciar.

Y, sin embargo, hay ahí una mirada estética que contradice el sentido de lo que es común: ¿puede un objeto artístico, una obra teatral, por ejemplo, dialogar con el horror y poseer al mismo tiempo belleza? ¿Puede haber goce estético en la miseria humana convertida en objeto artístico? ¿Y, entonces, qué posibilidades tiene ese objeto artístico de traspasar, quizá, el límite de lo ético-moral y generar placer estético en el espectador? ¿Podemos cruzar el límite de lo que la belleza es en sí misma: bella, y seguir admirando su no- belleza? Como si el acto de sentar a la belleza en las rodillas e injuriarla fuera tan fácil. Si Rimbaud, un niño de 14 años, lo hizo ¿por qué nosotros no?

Lo cierto es que Oleaje tiene ese carácter de lo inefable. Despierta/genera/evoca las emociones del dolor, la tristeza, la rabia, la melancolía: conmisericordia por Marta, la mujer, la comunista, la profesora. Pero al mismo tiempo nos resulta una propuesta atractiva, ineludible, inevitable.

Quizá -y puede ser este su mayor acierto- porque sabe/puede/desea combinar/confrontar la bajeza humana de aquellos que proveyeron inteligencia política a la dictadura chilena con la mujer heroizable¹: poniendo, en pleno HOY -siglo XXI, un siglo cargado de feminismos y reivindicaciones sociales, de resistencias, de acciones políticas- a la mujer al centro, desde donde ofrece su lucha, su entrega, sus convicciones. ¿Es viable, entonces, una lectura que releve a una mujer, cuya figura podría alcanzar lo sublime, para convertirse en heroína?

Tenemos, pues, una obra que descose el saco de la historia, que hace memoria política, desde un hoy feminista, a través de un discurso construido sobre un soporte teatral/fílmico/poético, y cuyo lenguaje estético (y no hablo solo del discurso oral, sino más bien de la construcción semiótica total), cargado de nostalgia -pero también de presente- y de simbolismo, nos remece en su fondo y nos atrae en su forma. Como quien nos sacude la cabeza desde la bella ilusión de la pesadilla o el sueño macabro. Así es Oleaje, un atractivo y seductor saco de emociones y situaciones perversas.

1 Dícese de aquella mujer que tiene los méritos suficientes (reales o imaginados) para convertirse en heroína. Fuente: personal.

Oleaje: Todo lo que se hunde vuelve a flotar

Por Constanza Vera

Comenzamos a hablar de una de las obras más destacadas del 2020 y que tuvo que reinventar su formato y aun así logró una pieza audiovisual de calidad. Toda una proeza. Obviamente no estoy aquí para discutir si es teatro o un cortometraje. Eso puede ser en otro escrito. Pero ahora... A lo que me compete.

Oleaje es una obra estrenada en 2020, dirigida por Constanza Thumler y Angelo Olivier y cuenta con un elenco de cinco actrices que con sus voces, dan vida al relato de Marta Ugarte.

Recordemos que esta obra se inspira en el caso de Marta Ugarte, cuyo cuerpo fue encontrado en el mar y en dónde se acusaba de ser un crimen pasional. Pero luego se supo que fue apresada en Villa Grimaldi, torturada y asesinada durante la Dictadura militar dejando al descubierto sus métodos de tortura y desaparición.

Primero enfoquémonos en lo brillante que es en lo audiovisual. Los colores predominantes, la luz que penetra como un flash y que las actrices sean apenas visibles o que en otras ocasiones se distingan fácilmente (y con ello sus vulnerabilidades) hacen que te transporte a esas dolencias, a esos malos recuerdos, a esa época oscura.

Las actuaciones están deslumbrantes. Pero por sobre todo, la voz de las actrices es lo que predomina. Voces, quebradas, claras, fuertes cuando deben serlo y derrotadas cuando lo están. Denunciantes y también víctimas. Todo fluye con las cinco actrices.

Si bien todo es muy intenso a veces, ésta obra es dramática y cuenta un caso bastante trágico, por ende solo habrá momentos de angustia, tensión y enojo. Pero no se hace tan densa al punto de no querer disfrutarla. Aunque se recomienda que si vas a ver la versión audiovisual, lo hagas con audífonos.

Esta obra se sustenta en el texto. Un texto político y denunciante, que a su vez sirve como pretexto para poder hablar de cosas aún más profundas, como la vida misma, lo cíclica que puede ser la historia si la olvidamos y también lo presente y contingente que puede llegar a ser un texto como éste.

Nos lleva a que nada puede ser escondido durante mucho tiempo. Todo se revela de una u otra forma. El crimen perfecto no existe porque la perfección en sí misma tampoco existe. Y quien la busque siempre tendrá grietas, por donde sale ese flash que penetra hacia la verdad.

Oleaje fue una de las mejores obras de teatro convertidas al audiovisual de ese año y lo sigue siendo hasta hoy. Todo está en un perfecto fluir y por alrededor de 40 minutos te hundes en un drama, para luego salir a flote y asumir que la verdad siempre se descubre. Tarde o temprano. Y siempre prevalece. Lo quieran o no.